

dio de la música. En poco tiempo adquirió conocimiento para poder tomar parte en las funciones públicas. Aseguraba, y lo dejó escrito, que no hubiera querido despegar jamás sus labios para pronunciar una palabra que no fuera dirigida á la mayor gloria de Dios. ¡Ojalá! decía, que ya que mi lengua no hizo antes lo que debía, en adelante al menos remedie su falta. Tenía anotado en su librito de memorias, entre otros, este propósito: “Oh Dios mío, haced que mi lengua se seque en mi paladar antes que pronunciar una palabra que no sea de vuestro divino agrado”.

En el año 1853 tomó parte en las funciones que con motivo de la novena de Navidad tuvieron lugar en un retiro en esta Capital. Una tarde los compañeros elogiaban el buen éxito que había tenido en aquel día la parte de canto ejecutada por Magone. Al oírlos él, entristecido y confuso se separó de ellos; é interrogado por el motivo, se echó á llorar diciendo: “He trabajado en balde; porque, complaciéndome, cuando cantaba perdí la mitad del mérito, y ahora estas alabanzas me hacen perder la otra mitad, así que no me queda más que el cansancio.”

CAPITULO VII

Su puntualidad en el cumplimiento de sus deberes.

La índole fogosa y vehemente imaginación de nuestro joven, no menos que su corazón lleno de afectos le hacían aparecer naturalmente lijero, y á primera

vista disipado. Pero él sabía contenerse á tiempo, y refrenarse cuando la ocasión lo exigía. La recreación, como se ha dicho, la hacía completa; todo el ámbito del extenso patio de esta casa era recorrido por Magone en pocos minutos. No había juego en que no fuese el primero; pero una vez dada la señal para el estudio, las clases, el reposo, la comida, la iglesia, todo lo suspendía inmediatamente y corría á cumplir sus deberes. Admiraba el ver como aquel joven que era el alma de la recreación y todo lo tenía en movimiento cual si lo impulsase una máquina, era también el primero en aparecer allí donde el deber le llamaba.

En cuanto al cumplimiento de sus deberes escolares, creo digno de trasladar aquí la juiciosa calificación del que fué su profesor en las clases de latinidad, el sacerdote Don Juan Francesia. “Con el mayor gusto, escribié, doy testimonio de la virtud de mi muy querido discípulo Miguel Magone. Estuvo bajo mi dirección todo el año escolar de 1857 y una parte del 58 al 59 Nada acaeció de extraordinario, que yo sepa, en su primer año de latín. Se portaba constantemente bien. Por su aplicación y laboriosidad en las clases cursó en un solo año dos de latinidad, lo cual mereció ser admitido en el mismo al tercero de gramática latina. Esto sólo da á conocer que su talento no era común. No recuerdo haber tenido que reprenderle jamás; pues siempre estaba en la clase con el mayor gusto y sin inquietud, á pesar de aquella extraordinaria vivacidad de que tan grandes muestras daba en el patio á la hora de la recreación. Muy al contrario, sé que procuró estrechar

amistad con los mejores de sus condiscípulos é imitar sus ejemplos. En el año 2^o. (58 á 59) me veía rodeado de una escogida porción de jóvenes alegres y todos unánimes en el deseo de no perder un instante de tiempo para adelantar en los estudios: Miguel Magone era de los primeros entre ellos. Por otra parte me llamó mucho la atención en este año el total cambio que advertí tanto en su físico como en su moral, y una no acostumbrada gravedad unida á cierto aspecto que le hacía aparecer mucho más serio, y un no sé qué que en su semblante se reflejaba dando á conocer que su corazón sentía el influjo de graves pensamientos. Yo creo que ese cambio era hijo de su decidida resolución de entregarse todo á la piedad, porque en efecto podía proponerse como modelo á la virtud. ¡Me parece verte ahora ¡oh llorado alumno! en aquella actitud reverente y atenta con que escuchabas la enseñanza de tu maestro, oscuro discípulo, por otro lado, de tus virtudes! verdaderamente parecías como despojado del antiguo Adán.

Al contemplarlo tan aplicado á sus deberes y tan insensible á toda distracción, natural en aquella edad, quién no le hubiera aplicado aquel verso de Dante:

“Sotto biondi capei canuta mente?”

Recuerdo que una vez para probar la atención y aprovechamiento de mi siempre amado discípulo le invité á medir un dístico que yo había dictado poco antes. Soy poco capaz me respondió modestamente Miguel. Véamos pues lo poco, le añadí.

Y ¿qué? lo hizo tan bien, que fué felicitado por mí

y por sus murvillados compañeros con muchos y repetidos aplausos. Desde entonces, el poco de Magone quedó por proverbio en la escuela para indicar á un joven distinguido en el estudio y aplicación.” Hasta aquí su profesor.

En el cumplimiento de sus demás obligaciones era ejemplar. El Superior de la casa había dicho muchas veces: que cada momento de tiempo es un tesoro. Pues él frecuentemente repetía: el que pierde un momento de tiempo pierde un tesoro.

Movido por este pensamiento trabajaba sin descanso. Tengo ahora á la vista las notas de diligencia y de conducta de cada semana del tiempo que estuvo entre nosotros. De ellas aparece que en las primeras semanas su conducta fué mediana, después buena, luego casi óptima. A los tres meses comenzó á ser sobresaliente, y así continuó todo el tiempo hasta su muerte.

En la pascua de aquel año (1858) hizo los ejercicios espirituales con gran ejemplo para sus compañeros y verdadero consuelo para su corazón. Realizó su constante deseo de hacer confesión general, anotando después en su librito de recuerdos varios propósitos para toda su vida. Entre otros tenía el de hacer voto de no perder un instante de tiempo, lo cual no le fué permitido. Al menos, dijo, concédaseme prometer al Señor que he de obrar siempre de la manera mejor. Hizlo, pues, le respondió el director, pero que esta promesa no tenga fuerza de voto. Formó por entonces un cuaderno en el que preventivamente anotaba el propósito que quería cumplir en cada día de la semana. Con la

ayuda de Dios, decía, y con la protección de la Virgen Santísima quiero obrar:

El Domingo, muy bien

El lunes, muy bien

El martes, etc.

Todas las mañanas su primer pensamiento era dirigir una mirada á su pequeño cuaderno, y muchas veces durante el día lo repasaba para renovar la promesa de obrar muy bien. Y cuando creía haber cometido alguna falta, él mismo la castigaba con penitencias voluntarias; ya absteniéndose de algún rato de recreación, ya privándose de alguna cosa de las que más le gustaban, ya haciendo alguna oración ó cosas semejantes.

Ese precioso cuadernito fué hallado después de su muerte por sus compañeros, que quedaron edificados por las santas industrias anotadas en él para estímulo en el camino de la virtud. Quería que todo se hiciese con la mayor perfección: así es que, como se ha referido ya, cuando tocaba la señal de hacer alguna cosa, inmediatamente suspendía el juego, cortaba la conversación, aunque fuera á la mitad de una palabra, soltaba la pluma en cualquier punto del renglón para llegar más pronto á donde el deber le llamaba. Solía decir: Es verdad que concluyendo lo que tengo entre manos hago una cosa buena; pero mi corazón lejos de sentir gozo se disgusta: el mayor placer de mi corazón está en el cumplimiento de mis obligaciones en el tiempo y forma en que me las ordena la voz de mis superiores ó el toque de la campana.

Esta invariable exactitud en el cumplimiento de

sus deberes no le impedía portarse con la urbanidad que aconsejan la buena educación y la caridad. Porque se ofrecía prontamente á escribir cartas á aquellos para quienes no tenía obligación ni necesidad. Limpiar la ropa á otros, llevar agua, hacerles las camas, barrer, servir á la mesa, ceder sus juguetes al primero que los deseaba, enseñar á otros el catecismo y el canto, explicarle cualquiera dificultad de las lecciones, eran cosas á las que se prestaba con el mayor gusto siempre que se presentaba la ocasión.

CAPITULO VIII

Su devoción á la Santísima Virgen.

Es preciso decirlo: la devoción á la Sma. Virgen es el sostén de todo fiel cristiano; pero lo es de un modo particular de la juventud. Así lo dice en nombre de la misma Virgen el Espíritu Santo: "Si quis est parvulos veniat ad me." Nuestro Magone aprendió esta importante verdad, puede decirse, de un modo providencial. Le regalaron cierto día una estampa de la Virgen y en la parte inferior tenía escritas estas palabras: "Venite, filii, audite me, timorem Domini docebo vos;" esto es, "Venid, hijos, escuchadme, yo os enseñaré el santo temor de Dios." Comenzó á reflexionar sobre esta invitación: después escribió una carta á su director, en que le decía haber sentido la voz de la Sma. Virgen que le alentaba á ser bueno, para lo cual Ella misma

le enseñaría el modo de temer á Dios, de amarlo y de servirlo.

En consecuencia empezó desde luego á componer algunas florecillas que constantemente había de practicar en honor de aquella á quien dió el título de Madre Celestial, Divina Maestra, Piadosa Pastora. Hé aquí los principales actos de fiel devoción que con fervor creciente cada día dirigía á la Virgen:

Todos los domingos comulgaba en sufragio del alma que en vida fué más devota de María Santísima. Perdonaba espontáneamente en honor de María cualquiera ofensa. El frío, el calor, el cansancio, la sed, eran otras tantas florecillas que con alegría ofrecía á Dios por manos de su piadosa Madre Celestial.

Antes de ponerse á estudiar ó escribir en su cuarto ó en la clase, sacaba de un libro una imagen que tenía escrito este verso:

“Virgo parens, studiis semper adesto meis.”
Virgen madre, asistíame en mis estudios.

A Ella se encomendaba al principiar todas sus tareas escolares. Yo, solía decir, acudo á mi Divina Maestra y todo me lo explica. Un día en que cierto amigo suyo se felicitaba con él por lo bien que había sabido su lección, le contestó: no te felicites conmigo sino con María que me ayudó y me puso en la cabeza muchas cosas que por mí no hubiera sabido.

Para tener siempre presente algún objeto que le recordase la protección de María, acostumbraba escribir en donde ponía: “Sedes Sapientiæ ora pro me.” “Oh

María, asiento de la sabiduría, ruega por mí.” Sobre todos sus libros, sobre el forro de sus cuadernos, en la mesa, en los bancos, en su propia silla y en cualquier lugar en que hubiera podido escribir con la pluma ó con el lápiz, se leía: “Sedes Sapientiæ ora pro me.”

En el mes de Mayo de 1858 se propuso hacer lo posible para honrar á María. En aquel mes la mortificación de sus ojos, de su lengua y de sus demás sentidos fué completa. Quiso también privarse de una parte de la recreación, ayunar y pasar algunos ratos de la noche en oración; pero no se le permitió por ser cosas incompatibles con su edad.

Al finalizar el mes se presentó al director y le dijo: Quiero hacer un obsequio especial á la madre de Dios, si V. me lo permite. Sé que San Luis Gonzaga agradó mucho á María, porque desde niño le consagró la virtud de la castidad. Y yo también quiero ofrecerle este dón, y para ello deseo hacerle el voto de abrazar el estado eclesiástico ó de guardar perpetua castidad.

El director le contestó que no era su edad competente para hacer votos de tanta importancia: Bien, le interrumpió, mas yo me siento con gran voluntad de consagrarme todo á María, y si á Ella me consagro me ayudará ciertamente á mantener mi promesa.

El director le replicó: En vez de un voto límitate á una simple promesa de hacerte sacerdote, si al concluir las clases de latinidad aparecen claras señales de tu vocación; y en cuanto al voto de castidad haz solamente la promesa al Señor de no decir ni hacer cosa alguna que contrarie en lo más mínimo aquella subli-

me virtud. Invoca todos los días á la Virgen con alguna oración especial para que te ayude á sostener este ofrecimiento.

Esta proposición fué muy de su agrado y con la mayor alegría prometió hacer cuanto pudiera para ponerla en ejecución.

CAPITULO IX.

Su empeño y diligencia en conservar la virtud de la pureza.

A las prácticas antedichas añadió algunas advertencias ó recuerdos que acostumbraba llamar padres, custodios y guardianes de la virtud de la pureza. Una muestra de estas advertencias tenemos en la respuesta que dió á una carta de un compañero suyo al terminar el mencionado mes de María. En ella le preguntaba su compañero qué acostumbraba él practicar para conservar incólume la reina de las virtudes, la pureza.

Ese compañero me ha presentado la carta, de que tomo lo siguiente: "Para darte una respuesta completa quisiera poder hablarte y decirte muchas cosas que me dió mi director para asegurar la conservación de la más preciosa entre todas las virtudes. Un día me entregó un billetito diciéndome: lee y practica. Lo abrí y decía: "Cinco avisos que San Felipe Neri daba á los jóvenes para conservar la virtud de la pureza." Huir de las malas compañías. No alimentar delicada-

mente el cuerpo. Huir del ocio. Oración frecuente. Frequentar los sacramentos, especialmente el de la Confesión." Lo que aquí aparece en resumen me lo explicó en otras ocasiones más extensamente, y yo te comunico como lo oí de su boca: Te digo, pues:

1.º Ponte con filial confianza bajo la protección de María. Confía en Ella; espera en Ella. No se ha oído jamás en el mundo que quien ha acudido con confianza á María no haya sido escuchado. Ella misma será tu defensa en los asaltos del demonio.

2.º Cuando notes que se acerca alguna tentación, ponte al instante á hacer algo. El ocio y la modestia no pueden vivir juntos. Por eso evitando el ocio vencerás fácilmente las tentaciones contra aquella virtud.

3.º Besa frecuentemente la medalla ó el crucifijo; haz la señal de la cruz con fe viva diciendo: Jesús, José y María, ayudadme á salvar el alma mía. Esos nombres son los más terribles y formidables para el demonio.

4.º Si el peligro continúa, recurre á María con las oraciones que la Santa Iglesia tiene establecidas, esto es, Santa María madre de Dios, rogad por mí pecador.

5.º A más de no regalar el cuerpo y vigilar mucho los sentidos, particula mente los ojos, guárdate de toda clase de malas lecturas. Y si las indiferentes te ofrecieren algún peligro, abandónalas inmediatamente, reemplazándolas con las de buenos libros, prefiriendo los que hablan de las glorias de María y del Smo. Sacramento.

6.º Huye de las malas compañías: escoge buenos

compañeros entre aquellos cuya conducta merezca las alabanzas de tus superiores. Habla y juega con ellos, procurando imitarles en las palabras, en el cumplimiento de sus deberes y sobre todo en las prácticas de piedad.

7^o. Confiéstate y comulga con la frecuencia que te indique tu confesor; y si tus ocupaciones te lo permiten, visita con frecuencia también al Santísimo Sacramento.

Estos eran los siete consejos que Magone llamaba en su carta los siete guardias de María, destinados á hacer constantemente la guardia á la santa virtud de la pureza. Para tener todos los días un estímulo á la piedad, practicaba especialmente uno en cada día de la semana, agregándole alguna otra cosa en honor de María. Así el primer consejo va unido á la consideración de la primera alegría que gozó la Virgen en el cielo. El segundo á la segunda alegría para lunes, y así sucesivamente los demás. Concluida la semana de esta manera, guardaba el mismo orden correlativo en la siguiente con las consideraciones de los siete dolores de María, de modo que el consejo indicado con el número 1^o lo practicaba el domingo en honor del dolor y en los demás días los restantes.

Quizás alguien dirá que estos actos de piedad son demasiado triviales. Pero notemos, que así como el esplendor de la virtud de que tratamos puede empañarse y aun perderse al más ligero soplo de tentación, así también la más pequeña cosa que contribuya á conservarlo debe tenerse en grande estima. Por esto yo aconsejaría

que se propongan generalmente cosas fáciles, porque las difíciles y penosas suelen espantar y cansar á los fieles y principalmente á los jóvenes. Los ayunos, las oraciones largas y otras rigideces semejantes se omiten, por lo común, ó se practican con pena y poca exactitud. Aconsejemos cosas fáciles y que se hagan con perseverancia. Este fué el sendero que condujo á nuestro Miguel á un maravilloso grado de perfección.

CAPITULO X.

Muestra de su arida hacia el prójimo.

Al espíritu de viva fe, de fervor y de devoción hacia la Bienaventurada Virgen María unió Magone la más industriosa caridad para con sus compañeros. Sabía que el ejercicio de esta virtud es el medio más eficaz para acrecentar nuestro amor á Dios; así es que no desperdiciaba la más pequeña ocasión de ponerla en práctica. Tomaba parte en la recreación con tal entusiasmo, que no sabía distinguir si se hallaba en el cielo ó en la tierra; y sin embargo, si algún compañero se le presentaba deseoso de jugar con sus juguetes, inmediatamente se los cedía, y él continuaba recreándose de otro modo. Muchas veces le ví yo mismo abandonar el juego de la pelota para cederle el puesto á otro y muchas bajarse de los zancos para que subiese un compañero, á quien con el mayor gusto ayudaba y amestraba para que el juego fuese más animado y al mismo tiempo exento de peligros.

Si veía á un compañero affigido, al momento se le acercaba, le cogía por la mano, le acariciaba, y le distraía con cuentecillos; si llegaba á conocer la causa de su afficción, procuraba animarlo dándole un buen consejo, y, si era preciso, intercedía en su favor cerca de los superiores ó de quien le pudiese consolar.

Explicar alguna dificultad á un compañero, ayudarle en algún trabajo, servirle agua, hacerle la cama, eran para él ocasiones de gran placer. Tenía un discípulo que sufría mucho en el invierno con los sabañones y que no podía tomar parte en la recreación, ni cumplir muchos de sus deberes, como deseaba; pues bien, Magone le servía gustosísimo escribiéndole los temas de la clase y las copias que había de presentar al maestro, ayudándole á vestirse, haciéndole la cama y hasta le dió sus mismos guantes para que pudiese librar mejor las manos del frío. ¿Qué más podía hacer un niño de aquella edad? Su carácter fogoso con facilidad le arrancaba violentos ímpetus de cólera; pero bastaba decirle: Magone, ¿qué haces? ¿es esa la venganza del cristiano? Esto sólo le calmaba y humillaba hasta ir á pedir perdón al compañero con quien se había enfadado, rogándole no se escandalizara de su indigno proceder. Esto ocurría en los primeros meses que estuvo en el Oratorio: después su buena voluntad le llevó en breve á vencerse á sí mismo, y aun le hizo llegar á ser el pacificador general en todos los disgustos y querellas de los compañeros. Apenas ocurría una riña de cualquier género entre ellos, Magone, aunque de pequeña estatura, acudía al momento entre los conten-

dientes, y con palabras ó con la fuerza, si era necesario, procuraba calmarlos. Tengamos juicio, solía decir, porque entre nosotros debe obrar la razón y no la fuerza. Otras veces añadía: Si el Señor usara la fuerza á la menor ofensa nuestra, muchos seríamos exterminados al instante. Por tanto, si Dios omnipotente ofendido usa de misericordia, ¿por qué nosotros, miserables gusanillos de la tierra, no hemos de sufrir y tolerar, sin tomar venganza, los disgustos y aun las ofensas que se nos inferan? A otros decía también: Todos somos hijos de Dios y por consiguiente hermanos; el que toma venganza de su prójimo deja de ser hijo de Dios y se hace hermano de satanás.

Enseñaba á los otros con mucho gusto el catecismo, se preparaba con la mejor voluntad á servir á los enfermos y aun pedía con empeño velarlos durante la noche, aunque no fuera absolutamente necesario. Movidó un compañero por los cuidados que le había prodigado, le dijo: ¿Cómo podré yo pagarte, querido Magone, los muchos malos ratos que te ha proporcionado mi asistencia?—Ofreciendo á Dios, le contestó, una sola vez tu enfermedad en penitencia de mis pecados.

Otro compañero muy disipado, proporcionaba frecuentemente graves desazones á los superiores. Encomendado á Magone de un modo especial para que emplease los medios de atraerle á la enmienda, promoviendo é impulsando en su corazón los buenos sentimientos, Miguel puso manos á la obra. Comenzó por ganar su afecto asociándosele en las recreaciones, haciéndole regalos, dirigiéndole avisos en forma de bille-

titos hasta que llegó á contraer con él un íntimo afecto; pero sin hablarle aún nada de religión.

Aprovechando un día la proximidad de la fiesta de San Miguel, le dijo: Dentro de tres días se celebrará la fiesta de San Miguel; tú deberías hacerme un buen regalo.

—Sí que te lo haré; pero siento que lo hayas anunciado, porque pensaba sorprenderte.

—Te lo he dicho porque quisiera que fuese también de mi gusto.

—Sí, sí, dí pues; estoy pronto á hacer lo que pueda por complacerte.

—¿Estás dispuesto?

—Sí.

—Y si te costase trabajo, ¿me lo harías igualmente.

—Lo hago del mismo modo; te lo prometo.

—Quisiera que el día de San Miguel me regalases una buena confesión, y si estuvieras muy bien dispuesto también una buena comunión.

El compañero no se atrevió á negarse á aquella virtuosa petición, y los tres días que faltaban para la fiesta los empleó en ejercicios especiales de piedad. Magone se dedicó con particular empeño á preparar á su amigo para aquel banquete espiritual; y en el día señalado los dos recibieron los santos sacramentos, con verdadera satisfacción de los superiores y edificante ejemplo de los compañeros.

Magone pasó aquel día en honesto gozo con su amigo, y al llegar la tarde le dijo: Hemos hecho una gran fiesta: estoy contento; en honor de la verdad, me has

complacido. Dime ahora: ¿estás tú satisfecho también de lo que hemos hecho hoy?

—Sí, estoy contentísimo; y lo estoy especialmente porque me he preparado bien. Te agradezco tu invitación; y si ahora tienes que darme algún buen consejo lo recibiré con verdadera gratitud.

—Sí, tengo un buen consejo que darte; porque lo que hemos hecho es la mitad de la fiesta, y yo quisiera que me hicieras la mitad del regalo. De mucho tiempo á esta parte tu conducta no es la que debiera ser. Tu género de vida desagrada á tus Superiores, afiige á tus padres, te engaña á tí mismo, te priva de la paz del corazón, y después de todo... tendrás que dar un día cuenta á Dios del tiempo perdido. Por tanto, desde ahora en adelante huye de la ociosidad, juega y regójete cuanto quieras, pero no descuides tus deberes.

El compañero vencido hasta entonces en la mitad lo quedó ya por completo. Se hizo un fiel é íntimo amigo de Magone, procuró imitarlo en el exacto cumplimiento de las obligaciones de su estado, y al presente por su aplicación y moralidad es el consuelo de los que le tratan.

He querido referir este hecho con sus más menudas circunstancias, ya para que resplandezca y brille en todo su esplendor la caridad de Magone, ya también para no poner ni quitar nada á la sencilla relación que de él me ha hecho el favorecido compañero de nuestro Miguel.

CAPITULO XI

Algunos chistes y dichos agudos de Magone.

Todo lo dicho hasta aquí son cosas sencillas y fáciles de imitar. Voy ahora á referir algunas agudezas, dignas por su amenidad y gracia, de ser más bien admiradas que imitadas. Sirvan sin embargo para realzar la bondad de corazón y el ardor religioso de este bendito joven.

Hé aquí algunas, entre otras muchas, de que yo mismo he sido testigo.

Estaba un día conversando con sus compañeros y algunos de ellos proferían frases impropias de un joven cristiano y bien educado. Apenas los oyó Magone, metiéndose los dedos en la boca comenzó á silbar de un modo atronador. ¿Qué haces, le dijo uno de ellos, eres tonto? Magone dió por toda contestación un segundo silbido mayor aún que el primero. ¿Dónde está la educación? replicó el otro; ¿es este modo de portarse entre gentes? Magone contestó entonces: Si vosotros haceis los tontos hablando mal ¿por qué no lo puedo hacer yo para interrumpir vuestra inconveniente conversación? Si vosotros quebrantais todas las leyes de la urbanidad usando frases y palabras que no convienen á un cristiano, ¿por qué no he de poder yo romper las mismas leyes para impedirlo? Tales palabras, según testimonio de uno de aquellos mismos compañeros, les hicieron el efecto del más elocuente sermón.

Nos miramos, dice los unos á los otros, y ninguno se atrevió á continuar murmurando, que era el tema general de nuestra conversacion. Desde entonces, estando Magone presente, todos medían bien las palabras que habían de decir para no verse confundidos por los terribles labios de su compañero Miguel.

Al atravesar un día la plaza del Castillo en Turín, en compañía de su Superior, oyó á un rapazuelo blasfemar el santo nombre de Dios. Fuera de sí y como por influjo de una fuerza eléctrica, sin reparar ni en el lugar ni en el peligro, en dos saltos se arrojó sobre el blasfemo y le sacudió dos grandes bofetadas diciéndole: ¿Se trata así el santo nombre del Señor? El rapazuelo, que era de más estatura, irritado por tan inesperada y violenta advertencia, por la burla de sus compañeros y por la sangre que le salía de las narices; montado en cólera, arremetió á su vez á Magone y los puntapiés, puñadas y bofetones llovian de uno á otro contendiente. Afortunadamente el Superior acudió al instante y logró, aunque no sin dificultad, poner paz entre ellos. Cuando Magone fué dueño de sí mismo y reflexionó, comprendió su ligereza al corregir de aquella brusca manera al deslenguado; se arrepintió de ello y ofreció que en adelante procedería con mayor cautela, limitándose á simples y amigables amonestaciones.

En otra ocasión discutían varios jóvenes acerca de la eternidad de las penas del infierno, y uno de ellos en tono de broma dijo: Procuremos no ir allá; pero si vamos, paciencia. Fingiendo Miguel no haberse fijado en lo dicho fué en busca de un fósforo y al poco rato

volvió. Aprovechando después una oportunidad en que el referido compañero tenía las manos atrás, encendió el fósforo y se lo aplicó á ellas. Al sentir aquel la quemadura volvió derrepente y le dijo á Magone: ¿Qué haces, majadero? ¿eres tonto? No soy tonto, le respondió, sino que quiero poner á prueba tu heroica paciencia; porque, si te sientes con ánimo para soportar las penas del infierno por una eternidad, no debe inquietarte la pequeña llama de un fósforo que dura un momento. A todos hizo gracia y movió mucho á risa la feliz ocurrencia, y el paciente dijo en alta voz: Verdaderamente que no es agradable el infierno.

Otros compañeros quisieron una mañana que les acompañase á confesarse en un lugar determinado y con un confesor desconocido, para lo cual le esforzaban alegando mil pretextos. Nó, les respondió; no quiero ir á parte alguna sin permiso de mis superiores. Además, yo no soy un bandido. Los ladrones temen ser conocidos por los guardias civiles, y por eso andan siempre en busca de lugares y de personas desconocidas para no ser descubiertos. Nó, yo tengo mi confesor, á él confieso lo pequeño y lo grande sin temor alguno. La manía ó empeño en ir á confesarse en otro lugar demuestra que no amáis á vuestro confesor ó que tenéis cosas graves que confesar. Como quiera que sea, hacéis mal en alejaros de casa sin permiso. Si tenéis alguna razón para cambiar de confesor os aconsejo ir, como yo iría, á cualquiera de los sacerdotes que todos los sábados y todos los días de fiesta vienen á confesar á los niños del Oratorio.

En todo el tiempo que estuvo entre nosotros una sola vez fué de vacaciones á su casa. Después, á pesar de mis instancias, no quiso ir más, no obstante que su madre y otros parientes le deseaban. Cuando se le preguntaba el motivo esquivaba siempre la contestación sonriendo. Al fin un día descubrió el secreto un amigo suyo. He ido una vez, le dijo, á mi casa á pasar unos días de vacaciones; pero en adelante, como no me obliguen, no iré más.

—¿Por qué? le interrogó el amigo.

—Porque en casa existen los peligros del tiempo pasado. Los lugares, las distracciones y los compañeros me obligan á vivir como entonces, y yo no quiero volver atrás.

—Es necesario ir de buena voluntad y poner en práctica los avisos que nos dan nuestros superiores antes de partir.

—La buena voluntad es una nieve que se me desvanece entre las manos cuando vivo lejos del Oratorio; y los avisos sirven para algunos días; después las compañías me la hacen olvidar.

—De modo que según tu opinión ninguno deberá ir á casa en las vacaciones, ninguno ir á ver á sus padres?

—De modo que según mi opinión, vaya á vacaciones el que se sienta con fuerzas para vencer los peligros; yo no me siento bastante fuerte. Lo que creo cierto es que si pudiera verse el interior de los compañeros, se descubrirían muchos que salen de casa con alas de ángeles y vuelven con dos cuernos en la frente como diablillos.

Magone era visitado de cuando en cuando por un antiguo compañero á quien deseaba traer al camino de la virtud. Entre los varios pretextos con que su camarada se resistía á escucharle, un día expuso el de que él conocía á un individuo quien desde mucho tiempo no frecuentaba los actos de religión, y que sin embargo, decía, está gordo, gordo y bueno y sin ningún pesar. Miguel tomó al amigo de la mano y lo condujo al patio en que un carretero descargaba de su carro materiales de construcción, y le habló así: ¿Ves el mulo que arrastra ese carro? También él está muy gordo, y muy sano, y sin ningún pesar y no se ha confesado nunca, ni jamás ha entrado en la iglesia. ¿Quieres tú asemejarte á ese animal que no tiene ni alma, ni razón, ni otra obra que cumplir en este mundo que la de trabajar mientras vive, para su dueño, y servir después de pasto á las aves de rapiña y de abono á los campos? Sintióse mortificado el compañero con esta tan oportuna consideración, y en adelante no se atrevió á aducir tan frívolos pretextos para eximirse del cumplimiento de sus deberes religiosos.

Omito otras muchas anécdotas semejantes: bastan las referidas para comprender bien la bondad de este jovencito y la grande aversión que tenía al mal, aversión tal que á veces le arrastró á excesos de celo por impedir la más pequeña ofensa de Dios.

CAPITULO XII

Sus vacaciones en Castelnuovo de Asti. Virtudes que practicó en aquella ocasión.

Como nuestro Miguel se resistía tanto á ir de vacaciones á la casa materna, viéndole yo algo quebrantado en la salud por las fatigas escolares, decidí enviarle á Miraldo, en Castelnuovo de Asti punto adonde suelen ir en otoño á reponerse y gozar del aire puro del campo los jóvenes de este oratorio, que no tienen cerca la casa de sus padres ó bienhechores. En premio, pues, de su buena conducta quise anticiparle la temporada y con él y otros varios dispuse la comitiva de que yo también formé parte. Durante el camino tuve tiempo de conversar largamente con el jovencito, descubriendo en él un grado de virtud muy superior á mis esperanzas.

Dejo á un lado los deliciosos y edificantes ratos que me proporcionó su compañía, para limitarme á narrar tan solo algunos hechos que demuestran algunas otras virtudes de su alma, no señaladas aún, y principalmente la de la gratitud. En el camino nos sorprendió tan abundante lluvia que llegamos empapados á Chieri. Allí nos dirigimos á casa del Caballero Marcos Gonella que recibe con suma bondad á los jóvenes de nuestras casas, que por la suya pasan. En el momento nos proporcionó ropa para cambiar nuestros vestidos y después una comida que, si por parte de quien la ofrecía era

digna de un gran señor, fué correspondida por parte de los comensales con un excelente apetito.

Terminada la comida descansamos algunas horas y tomando de nuevo el camino. Poco trecho habíamos andado, cuando un compañero advirtió que Magone se iba quedando atrás, retardó también el paso para aproximársele por si le había ocurrido algo, y al llegar á él notó que iba hablando en voz baja.

—Estás cansado, le dijo, amado Magone, ¿es verdad?

—Nó, no estoy cansado, iría, si fuera preciso, hasta Milán.

—Qué ibas murmurando ahora en voz baja?

Rezaba el Rosario de Ntra. Señora por aquel señor que tan bondadosamente nos ha acogido; yo no puedo pagarle de otra manera, y por eso pido al Señor y á su Santísima Madre le colme de bendiciones y le centuple los bienes.

Debo notar de paso, que semejantes pruebas de gratitud las daba aún por los más pequeños favores, y sobre todo era tiernísimo para con sus bienhechores. Si no temiese molestar al lector transcribiría algunas de las muchas cartas escritas por él, mostrándome el más extremado agradecimiento por su admisión en esta casa. Diré solamente que tenía costumbre de hacer todos los días una visita á Jesús Sacramentado y rezar por la mañana tres Pater, Ave y Gloria por los que de algún modo le habían hecho bien.

Muchas veces me estrechaba afectuosamente la mano, y mirándome con los ojos vertiendo lágrimas, me

decía: No sé cómo expresarle mi agradecimiento por la gran caridad que ha tenido conmigo admitiéndome en el Oratorio. Trataré de recompensársela con mi buena conducta y rogando á Dios todos los días para que le bendiga á V. y sus trabajos.

Hablando con mucho gusto de los maestros, de los que le habían enviado á nosotros ó que de algún modo le ayudaban, y lo hacía siempre con respeto, no avergonzándose jamás de declarar su pobreza por una parte y su reconocimiento por otra. Siento, se le oyó decir muchas veces, no tener medios para demostrar como quisiera mi gratitud; pero conozco el bien que me hacen y jamás olvidaré á mis bienhechores, y mientras viva rogaré constantemente al Señor que les conceda una gran recompensa. Estos mismos sentimientos de gratitud demostró también cuando el Sr. Cura de Castelnuovo de Asti convidó á comer en su casa á nuestros jóvenes. En la noche de aquel día me dijo: Si me lo permite pienso ofrecer mañana la Sagrada Comunión por el Sr. Cura que nos ha proporcionado un día de tanto gozo. Y no sólo le fué permitido, sino que á su ejemplo se recomendó á los demás hicieran lo mismo, según lo acostumbrado hacer en semejantes ocasiones en favor de los bienhechores de nuestras casas.

En aquella misma temporada tuve el gusto de observar bien otro acto de virtud digno de mencionarse. Un día nuestros jóvenes fueron en una expedición de campo al bosque vecino. Y como es natural, unos se entretenían en buscar hongos, otros castañas, otros